

CAPÍTULO 2

Evolución histórica de la docencia y la formación docente. La herencia y el futuro de la docencia actual

ANA MARÍA DEL PILAR MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, MARÍA GUADALUPE GARCÍA CASANOVA

... porque ante todo un docente, además de informar, debe formar.

UMBERTO ECO

El educador debe saber ante todo que las palabras y las órdenes sirven de poco, que mucho más útil es el ejemplo. Si, inconscientemente, los educadores se permiten toda suerte de malos hábitos, mentiras y malas maneras, ello obrará con fuerza incomparablemente mayor que todas las buenas intenciones, que tan poco cuentan. De ahí que [se] piense que el mejor método educacional [...] consiste en que el propio educador sea educado [...].

CARL GUSTAV JUNG

Introducción

En el contexto actual, aunque a lo largo de nuestra trayectoria escolar y a través de distintos medios de divulgación y comunicación se nos ha enseñado el largo proceso de evolución de la especie humana, damos por sentado que aún en los tiempos más remotos existieron sociedades e instituciones, entre ellas la escuela y sus agentes educadores, los docentes.

Salvo quienes se dedican a estudiar disciplinas como la antropología, la paleontología, la historia, la pedagogía, la etnología y la sociología, entre otras, poco se detienen a reflexionar acerca de la génesis de la humanidad, el surgimiento de las primeras formas de organización social, la consolidación de las antiguas civilizaciones, las prácticas de trabajo, producción o educación, como si las formas de vida y de existencia cotidianas actuales hubieran estado presentes en todas las épocas y en todos los lugares.

Sin embargo, llegar hasta donde estamos en este momento ha significado un largo camino, andado por múltiples generaciones que nos han precedido y legado una multiplicidad de saberes y prácticas, desde los cuales, a diferencia de las especies animales, dejamos de empezar de cero en cada generación; hemos abrevado y continuado procesos interminables de producción de cultura, acopiados y transmitidos por medio de la educación, entre otras actividades y mecanismos.

El propósito del presente capítulo se enfoca en presentar de manera sucinta y panorámica un esbozo de la génesis y el desarrollo de la educación y la docencia como actividad fundacional y fundamental de la humanidad a lo largo del tiempo.

Simultáneamente, busca recuperar la valoración que las sociedades han dado a la docencia y a quienes la han ejercido en diferentes culturas y momentos.

Finalmente, cierra estableciendo una reflexión sobre las implicaciones de la actividad docente en su perspectiva histórica, para la vida social, institucional e incluso, individual, tanto para quien la ejerce como para los discentes.

La génesis de la educación y de la docencia

Para hablar de la figura docente tiene que plantearse una pregunta central: ¿cuándo empezaron a educarse los seres humanos? Ya que es obvio que, entre la humanidad, la educación y la docencia, existen lazos indisolubles.

Suele decirse que la educación es inherente al ser humano; sin embargo, vale la pena señalar que estudiosos del tema señalan que en las comunidades primitivas aparecieron las primeras actividades que podemos llamar educativas, las cuales estuvieron caracterizadas por su falta de sistematicidad. Ocurrían de manera natural, espontánea, inconsciente y por coparticipación (Luzuriaga, 1978, p. 24), determinadas por la aún incipiente capacidad cognitiva del cerebro de los homínidos.¹ Fueron procesos caracterizados más por la capacidad de los sujetos individuales de observar y aprender imitativamente del comportamiento de los mayores y los otros, que por la intencionalidad de aquellos a quienes imitaban.

El gran salto educativo en el tiempo está asociado a los procesos simultáneos de evolución fisiológica de los humanos, en especial de su cerebro y, por lo tanto, de su capacidad cognitiva y, vinculado con lo anterior, por el desarrollo del lenguaje, lo que propició una aceleración de la otra evolución: la cultural, asociada con la ideación del diseño y manufactura de instrumentos y herramientas de piedra para la defensa y el trabajo, lo cual detonó la división especializada del trabajo por edad y por sexo, así como por el acopio de experiencia (base de lo que llamamos sabiduría) y la configuración de formas más estructuradas de la vida social y la asignación de tareas especializadas.

Fue en ese proceso en el que se gestó la actividad educativa consciente, intencional y sistematizada de oficios y artes,² así como de ritos y costumbres que se transmitían de generación en generación de manera deliberada y explícita por su trascendencia para el grupo, para crear sentido de identidad y pertenencia al mismo. En el proceso, el propio grupo definió a las personas idóneas para llevar a cabo cada una de las enseñanzas. Puede hablarse entonces del surgimiento de la figura del/la docente, en reconocimiento de aquellos/as integrantes del grupo que, por su experiencia, supervivencia y frónesis, era a quienes se debía escuchar, los/as sabios/as y maestros/as indicados/as para guiar el rumbo de los otros y del grupo. Al respecto, Manacorda menciona que las enseñanzas contenían "...preceptos morales y de conducta rigurosamente integrados con las estructuras y las conveniencias sociales, o más directamente con el modo de vida propio de los grupos dominantes. Siempre se expresan en forma de consejos dirigidos por el padre al hijo,³ (pero, cuando se trata de enseñantes

¹ Fuller Torrey, entre otros autores, habla de *homínidos* para referirse a los grandes simios antropomorfos que aparecieron en la escena evolutiva hace aproximadamente 6 millones de años, entre los cuales incluye a los *homininos*, es decir, la línea evolutiva del género *homo*, el cual, *grosso modo*, empieza con el *australopithecus*, continua con el *homo habilis* y el *homo erectus* (ca. 2 millones de años) predecesores de los *homos sapiens* arcaicos –entre ellos los *neanderthales*– (ca. 250,000-35,000 años), hasta llegar al *homo sapiens moderno* (ca. 40,000 años-), antecesor inmediato del ser humano actual (Fuller Torrey, 2021, pp. 14-15). Vale la pena señalar que existen múltiples variantes de homínidos, pero el autor solo hace mención a estos grandes grupos que las incluyen.

² El largo periodo en que se da el desarrollo de esta modalidad educativa, se ubica en la etapa de la evolución del *homo sapiens* arcaico al moderno, aproximadamente entre 250,000-35,000 años, al que hace referencia Torrey (2021, p. 15), siendo todavía la etapa de grupos nómadas, cazadores y recolectores.

³ Habría que considerar que las mujeres sabias hacían lo propio con las jóvenes, y es muy posible que el conjunto de los grupos, hombres y mujeres de distintas edades, respetaran y escucharan a las mujeres mayores. Estas prácticas de tradición oral persisten a lo largo de la historia, aunque han variado según la época, la sociedad en la que se generan y los agentes que participan en ellas.

de profesión, o escribas, el término “hijo” se usa para indicar al discípulo, se trate o no de un hijo carnal)” (Manacorda, 1992, p. 18).

Cabe remarcar que la institución escolar aún no existía; por lo tanto, esta formación se hacía de manera directa, del/la maestro/a al/la aprendiz o a pequeños grupos de discípulos/as, por medio de la tradición oral, que al surgir la escritura se convertirá en literatura sapiencial, y el modelaje. La enseñanza incluía saberes complejos que incorporaban conocimientos, habilidades, valores y actitudes específicas, por lo que tiene que pensarse en diversas características de esta educación: había reflexión sobre lo que se tenía que enseñar, por lo tanto, había planificación del proceso: qué enseñar, a quién, cómo hacerlo –es decir, el contenido, el orden, la metodología y los recursos a utilizar–, así como la forma de constatar el aprendizaje.

Resalta el hecho de que la importancia que se dio a esta tarea derivó en el establecimiento de modelos y tradiciones que sustentaron las prácticas educativas posteriores. Y tan relevante como esto último, fue el establecimiento de procesos de formación de nuevos docentes, basados en el esquema ancestral del/la maestro/a que elige a sus aprendices para inducirlos a dar continuidad a la tarea educativa, siguiendo el ejemplo del/la maestro/a, creándose así el ciclo virtuoso de un modelo educativo de formación docente que subsiste hasta nuestros días.

La siguiente fase del desarrollo humano derivó en el sedentarismo de los grupos humanos, quienes habiendo descubierto los procesos de domesticación de plantas y animales garantizaron la satisfacción alimentaria, y ello llevó al asentamiento cercano a ríos y tierras fértiles, a la construcción de ciudades, lo cual posibilitó un grado mayor de la cultura: la civilización.

Para comprender este proceso, Luzuriaga menciona lo siguiente:

En realidad, todos los pueblos, por primitivos que sean, poseen una forma u otra de cultura, considerando a ésta como el conjunto de instituciones y de productos humanos como son la familia, el clan, el lenguaje, los usos y costumbres, los utensilios, las armas, etc. En cambio, para llegar al grado de la civilización se necesita alguna forma de organización política, un Estado o Ciudad, que rebasen la vida del clan o de la tribu [...] las primeras sociedades civilizadas [...] presentan ciertos rasgos comunes. En primer lugar, tienen una organización política, un Estado, con un jefe supremo único y una administración pública. En segundo lugar, existen también en ellos clases sociales diferenciadas, como la de los guerreros y sacerdotes y la masa del pueblo trabajador. En tercer lugar, surge en ellos la escritura, que fija el saber, y una clase social especial encargada de su cultivo, la de los *letrados* [...] Esta clase social tiene a su cargo, junto a ciertas funciones culturales y religiosas, la administración y gobierno, y llega a alcanzar tanto o mayor poder que las otras [...] Estas características hacen necesaria la organización de una *educación sistemática, intencional*, y así surgen *las escuelas y maestros* y [...] *una instrucción organizada* (Luzuriaga, 1978, pp. 29-30).⁴

Como resultado de este proceso civilizatorio concluye la prehistoria, y la humanidad empezará una nueva etapa en la que, al surgir las altas civilizaciones, la cultura letrada y la escuela como institución dedicada a la educación sistemática o formal, así como los docentes, especialmente los de educación terciaria, serán los constantes protagonistas de ella.

La escuela, desde sus inicios, ha sido altamente selectiva en cuanto a quiénes ingresan y permanecen en ella. Su estructura organizativa se ha dividido en grados, y el programa de formación abarca

⁴ Los subrayados son de las autoras.

desde la infancia hasta la edad adulta; los contenidos se han organizado en distintos campos, en los cuales se va profundizando y especializando conforme se avanza en los diversos niveles.

La figura del docente en las civilizaciones originarias⁵

Para hablar de la educación superior y de los docentes de este nivel, retomaremos de manera panorámica a las civilizaciones “madre” u originarias con escuelas: las culturas de Mesopotamia, Egipto, China e India, que surgieron en diferentes momentos cronológicos entre el 4000 y el 2000 antes de nuestra era.

En todas ellas, la creación de escuelas representó una necesidad para brindar formación a aquellos que iban a desempeñar cargos y tareas de gobierno, administración pública o en “profesiones” especializadas que les permitían formar parte de las élites que ejercían el poder. Hay que remarcar lo señalado previamente, en estas civilizaciones hubo un alto reconocimiento a la educación y, por ende, a aquellos que alcanzaban altos niveles de instrucción, por lo que los maestros gozaron de respeto e incluso de veneración.

De acuerdo con Manenti (2013), aunque Mesopotamia, como todas las otras civilizaciones, provenía de prácticas formativas de tradición oral, dirigió su atención a resolver el problema de los tratos económico-comerciales que desarrollaba con otros grupos, en los cuales para llevar cierto nivel de control se recurrió al registro “escrito”, mismo que se empezó a enseñar a las nuevas generaciones. En este caso se trató de la escritura cuneiforme, a la cual se revistió de un carácter sagrado para cerrar su enseñanza a ciertos sectores sociales, específicamente a los sacerdotes-gobernantes. Estos crearon escuelas de educación básica, con un ingreso relativamente amplio de aprendices, que iban siendo seleccionados hasta llegar al nivel escolar superior, constituyendo *per se* una élite intelectual. Continuaban su formación dentro de los templos en un espacio destinado a llevar a cabo las tareas de enseñanza, constituyéndose así en la primera civilización en que se constata la existencia de la escuela.⁶

La escritura cuneiforme se enseñaba de lo sencillo a lo complejo, hasta avanzar hacia los conocimientos filológicos y lexicográficos, además de las ciencias y el cálculo (Manenti, 2013, pp. 3-14). Los sacerdotes eran simultáneamente los profesores de las escuelas en las que se enseñaban conocimientos matemáticos, a los que se sumaba la geometría y la agricultura, la astronomía para identificar ciclos estacionales, desarrollar calendarios y prácticas rituales vinculadas con la religión, así como saberes médicos necesarios en una sociedad guerrera.

Para acopiar el conocimiento y nutrir la enseñanza reunieron una gran cantidad de tablillas, las cuales –se deduce– sirvieron como acervo de las nacientes bibliotecas.

⁵ Con el nombre de civilización originaria, Miguel León-Portilla designa a un conjunto de culturas que se desarrollaron autónomamente, sin influencia de otras. Refiere con ese nombre a cuatro civilizaciones fluviales: la mesopotámica (ca. 4,000 a. C.), seguida por la egipcia (ca. 3,300 a. C.), las cuales tuvieron una influencia decisiva en el Cercano Oriente y el mundo Mediterráneo (especialmente en las culturas de Grecia y Roma). Otros dos núcleos civilizatorios surgieron en Asia, el primero en India (ca. 2500 a. C.) y el último en China (ca. 2100 a. C.). El autor también incluye a dos núcleos de civilizaciones originarias que se desarrollaron en el continente americano, una en el espacio denominado Mesoamérica y otra en la región Andina (León-Portilla, 2013, pp. 8-17).

⁶ En diversas excavaciones de diferentes ciudades de esta civilización se han encontrado restos, principalmente tablillas y otros objetos, en casas que parecen haberse dedicado ex profeso a actividades académicas o en espacios dentro de los templos.

La enseñanza se realizaba en dos etapas, la primera en la “Casa de las tablillas”, en la que se trabajaba en grupo; y la segunda, superior y especializada, se llevaba a cabo de forma individual, tras haberse llevado a cabo procesos continuos de evaluación y selección.

En esas dos etapas los alumnos realizaban su aprendizaje haciendo uso prioritario de prácticas memorísticas de obras literarias, de copiado y reproducción textual dada la complejidad del “alfabeto” cuneiforme, y se centraban en lo escrito por las “gentes del libro” (Marrou, 1985, p.15 y Larroyo, 1973, pp. 81-2).

La enseñanza era privada y solo podía ser pagada por las clases altas, por lo que la mayor parte de la población era iletrada. Los saberes aprendidos en la escuela –prerrogativa de los sectores privilegiados– garantizaban su acceso a puestos públicos como funcionarios administrativos, por lo que una de las características de la educación de los escribas era el monopolio de los saberes. Aunque no hay mucha información sobre la formación docente en las escuelas de Sumeria, Manenti cita las suposiciones que sobre la escuela mesopotámica expone Kramer en *La historia empieza en Sumer*, de la que conviene citar: “Había alumnos diplomados de las escuelas sumerias que consagraban su vida a la enseñanza y a la investigación como los modernos profesores de universidad” (Manenti, 2013, p. 18). Esto muestra que, aunque no había formación específica para los docentes, era requisito que hubieran concluido los estudios sobre los que iban a enseñar, que fueran seleccionados por sus profesores y tuvieran deseos de dedicarse a la enseñanza y la investigación.

En el caso del antiguo Egipto, de acuerdo con Larroyo (1973, p. 85), el faraón, los altos dignatarios, los jueces y los médicos eran, a la vez, sacerdotes; esto significa que habían alcanzado el grado educativo más alto. La educación formal se daba en la “Casa de la instrucción”, que era equivalente a los niveles de educación básica y media actuales. Mientras que la formación superior de escribas y sacerdotes se realizaba en escuelas denominadas “Casas de la vida”, ubicadas en los grandes templos, como el de Heliópolis, Menfis o Tebas, que contaban con bibliotecas y observatorios.

En ellas se formaba a arquitectos, ingenieros, médicos, administradores públicos y consejeros reales y militares de alto nivel; destacan las “Escuelas de escribas” en las que se formaba a los calígrafos y estilistas ya que su labor se enfocaba en el estudio de la filología (hay que recordar la complejidad de la escritura). Al egreso de estas escuelas pasaban a formar parte de la más alta jerarquía social; pero, entre todos ellos, los escribas tenían el mayor reconocimiento y respeto colectivo; se constituían en la concreción del modelo educativo al que aspiraban todos los egipcios.

Como en la civilización anterior, los sacerdotes eran los profesores, y su prestigio social trascendió puesto que, incluso, muchos griegos ilustres se vanagloriaban de haber sido sus discípulos. Su papel era tan importante que “[...] guiaban y regían al pueblo, estableciendo reglas civiles, realizando servicios sagrados y proporcionando instrucción religiosa [...] poseían grandes parcelas de tierra [y] recibían del Rey un salario público por su servicio como oficiales civiles [...]” (Larroyo, 1973, p. 89). La educación tenía un profundo sentido religioso. El sacerdote era el más importante depositario del saber y de la ciencia. Ellos formaban a los escribas que se dedicarían a cumplir funciones administrativas de alto nivel.

Los materiales didácticos eran escritos. Uno de orden literario era el *Libro de los muertos*.⁷ Los alumnos se ejercitaban en la lectura y escritura, esta última a través del copiado de los tres alfabetos empleados: jeroglífico, hierático y demótico, que eran sumamente complicados. Los métodos

⁷ Este documento era parte de la tradición funeraria del antiguo Egipto, se piensa que se usaba como material didáctico para los aprendices de escriba que debían conocer su contenido, poder recitarlo y escribirlo

didácticos seguían el camino copia-memorización-recitado. Los alumnos noveles escribían en materiales menos costosos que el papiro, como los *ostraka*⁸ o la madera, y sus evidencias eran revisadas por el maestro y anotadas con tinta roja. Las transcripciones iniciales eran exhortaciones morales. Superada la etapa inicial de la instrucción, se copiaban fragmentos más grandes de textos clásicos como el *Himno al Nilo*, las *Enseñanzas de Duaufy* y las *Enseñanzas de Amenemhēt* (Bowen, 1976, pp. 64 y 65). Para la enseñanza de la matemática se usaban métodos de soluciones específicas y adecuados a los problemas prácticos de la vida diaria; su enseñanza llegó hasta las ecuaciones lineales (Bowen, 1976, p. 66).

Trasladándonos a otro ámbito geográfico, en la civilización china se encuentra uno de los modelos educativos más longevos y conservadores de la historia. La civilización china desarrolló igualmente dos escuelas, la básica y la superior. En la primera se enseñaban las operaciones aritméticas elementales y se iniciaba el aprendizaje del idioma chino, el cual, dada su dificultad, podía durar toda la vida.

La enseñanza en ambas escuelas era dogmática y memorística. La enseñanza superior tenía la función de formar a los funcionarios y mandatarios del Estado, llamados “mandarines”. Los materiales de estudio fueron los *King*,⁹ libros de filosofía ortodoxa, y la historia antigua de China; la literatura y poesía por épocas y dinastías, como las odas de Li-Tai-Po,¹⁰ los salmos y la filosofía de Confucio.¹¹ A los alumnos se les enseñaba a hacer composiciones literarias que tenían como modelo y base los textos anteriores. De las ciencias naturales, los alumnos aprendían las plantas, los minerales, los astros y los grandes hechos de la naturaleza (Larroyo, 1973, pp. 68-69). Toda la enseñanza tenía el propósito de preparar para los exámenes oficiales realizados por examinadores del Estado, que se hacían por escrito en celdas o salas ex profeso. Después de pasar todo el sistema de exámenes, se elegía a los sustentantes aprobados para integrarlos como nuevos mandarines encargados de desempeñar funciones públicas relevantes.

Los exámenes se hacían por escrito, ante examinadores designados por el Estado, mismos que estaban graduados, los inferiores se sustentaban para ingresar a la escuela superior: el primero de ellos permitía una selección preliminar, quien lo aprobaba obtenía un certificado equivalente a la educación media superior; duraba 18 horas y era aprobado por uno de cada 20 sustentantes. Por su parte, el conjunto de los exámenes posteriores o “profesionales” se realizaban en secuencia hasta ser aprobados; el segundo nivel constituía la selección de las llamadas “flores de talento” y con él se obtenía un grado equivalente al de una licenciatura; el tercer examen lo realizaban los escolares distinguidos, lo acreditaba el 5% de quienes lo presentaban, duraba quince días y equivalía al nivel de doctorado; la aprobación del cuarto y último examen daba acceso a la Academia Imperial, y se recompensaba con honores y cargos relevantes dentro de la corte real.

⁸ Fragmento de cerámica sobre el que se podía escribir.

⁹ Los cinco libros *King* fueron: el *Libro de los Versos*, el *Libro de la Historia*, el *Libro de los Ritos*, el *Libro de la Adivinación* y la *Crónica de Lou*, (Luzuriaga, 1978, p. 32).

¹⁰ Li Tai Po (o Li Taibai) 701-762 fue un reconocido poeta romántico chino, considerado por la crítica literaria de este país como el mayor poeta clásico.

¹¹ Confucio vivió entre el 551 y el 479 a. C. Se estudiaban cuatro libros de su doctrina: *Las Conversaciones*, el *Gran estudio*, la *Doctrina del medio invariable* y la *Enseñanza de Mencio* (Larroyo, 1973, p. 66).

En todos estos exámenes había un alto índice de reprobación, Larroyo (1973, p. 70) afirma que los interesados presentaban el examen en múltiples ocasiones, y que incluso podían sustentarlo personas de tres generaciones de la misma familia.

En la educación de la antigua china interesa destacar la influencia de un pensador de enorme relevancia: Confucio, a quien se ha llamado “educador de China”, ya que su doctrina, plasmada en los múltiples escritos que recopilaron sus discípulos, creó una escuela de pensamiento que influyó grandemente en su tiempo y en los siglos posteriores. Se le atribuye la autoría de los cinco libros *King* ya mencionados, que han orientado la educación china hasta el día de hoy (Luzuriaga, 1973, p. 32).

Finalmente, podemos decir que en la figura del mandarín se sintetiza el ideal educativo de la sociedad de la antigua China, ya que era el maestro de nuevos mandarines, así como el guía y soporte del emperador (Larroyo, 1973, pp. 69-70).

Para finalizar este apartado de la educación superior en la antigüedad, se hablará de la civilización de la India, la última de las que trataremos, la cual estuvo determinada por una creencia religiosa: el hinduismo, que conllevaba una rígida jerarquía social de castas inamovibles, definidas por el lugar de nacimiento, misma que condicionaba la forma de vida, de participación social, de profesión u oficio, así como del tipo de educación al cual se tenía acceso.

De acuerdo con sus creencias en un ciclo de eterno retorno, consistente en encarnaciones sucesivas hasta alcanzar el nivel de perfección espiritual, partían de que cada persona nacía en un estrato social determinado, llamado casta, de acuerdo con el grado de perfección alcanzado en sus vidas previas. Existían tres castas superiores: la primera y más importante era la de los sacerdotes o *brahmanes*; la segunda, de los guerreros y magistrados o *chatrias*; y la tercera, de los mercaderes o *vaysyas*. A estas les seguían dos castas inferiores: los artesanos o *sudras* y los servidores o *parias*, las cuales se consideraban el nivel más bajo de la evolución mencionada, y por ende de la escala social.

Las tres primeras castas eran las únicas que tenían acceso a una educación letrada, aunque con diferentes niveles de duración y profundidad. Como en las civilizaciones previas, había escuela elemental y escuela superior. La primera, como es de suponerse, se dedicaba a la enseñanza de la lectura, la compleja escritura del sánscrito y los rudimentos de la aritmética y de las ciencias naturales. La educación superior estuvo reservada a los *brahmanes*, y se realizaba en colegios denominados *parishades*. En dichos colegios se enseñaban conocimientos de religión, gramática, literatura, matemáticas, astronomía, filosofía, jurisprudencia y medicina. Los materiales didácticos principales fueron los cuatro Vedas o libros sagrados. El conocimiento profundo de estos requería de muchos años para cada uno de ellos. A estos libros se añadía el estudio de las ciencias naturales, conocidas como “Enciclopedia India”, la cual no tenía la importancia que se daba en otras culturas, ya que para los indios estas solo eran el recurso y medio para dirigirse al camino místico.

Por ello, para los *brahmanes* que se consideraban los más cercanos a romper el ciclo de encarnaciones y alcanzar el *nirvana* era necesario educarse en el análisis de la gramática védica, para llegar a los ritos y la comprensión de su significado. El maestro por excelencia fue el *brahman* y constituía el prototipo de la educación india (Larroyo, 1973, pp. 76-77). El maestro de educación superior tenía el papel de liberar a los alumnos de la ignorancia, dirigirlos hacia un segundo nacimiento que era espiritual, comunicarles y ayudarlos a hacer la interpretación de las verdades sagradas, encaminarlos a la disciplina moral y a la potenciación de sus energías espirituales innatas, así como a la adquisición de otras nuevas. Por su papel social y su sabiduría, el maestro tenía un gran prestigio social y era compensado con honores. En congruencia con su contexto histórico, el método era la lectura, la memorización y la exégesis de los libros sagrados.

Maestro destacado en la cultura y educación india fue Gautama Buda (563-483 a.C.) quien a través de su vida, doctrina y magisterio creó una escuela de pensamiento que cambió la vida de su país y de otros países limítrofes, al propugnar una educación personal, espiritual e íntima, de renuncia a los bienes materiales, basada en el desapego, que cuestionó la rígida estructura de castas ya mencionada. Fundó una comunidad monástica que se acrecentó al paso del tiempo, en la que los monjes se convirtieron en los maestros de sus seguidores. Al igual que el hinduismo, el budismo es una doctrina viva, con múltiples variantes, que se ha expandido por todo el mundo.

Grecia y Roma

Como se ha dicho, múltiples culturas fueron subsidiarias de las cuatro civilizaciones originarias antes expuestas. Egipto tuvo una notable influencia en el mundo mediterráneo. En este apartado nos referiremos específicamente a las escuelas y las figuras docentes que surgieron en las dos grandes culturas decisivas en la civilización occidental: Grecia y Roma.

La primera se encontraba en el llamado periodo arcaico, hacia el siglo VII a. C., en el cual, además de la familia, tuvo como primeros educadores a los poetas, en especial a Homero,¹² “es el más antiguo, el más leído, el más comentado”, a decir de Janine Assa (en Debesse y Mialaret, 1973, p. 18). Es a este personaje a quien se atribuye la autoría de los dos poemas épicos que han marcado el ideal educativo del héroe guerrero griego: la *Ilíada*, que narra los acontecimientos ocurridos en la guerra de Troya hacia el 1250 a. C., y la *Odisea*, que describe las aventuras que vivió Odiseo –Ulises– en el viaje de regreso a su reino después de la guerra contra los troyanos. Estas obras que originalmente se cantaban se fueron construyendo progresivamente a partir de un conjunto de poesías en las que se narraban las hazañas de soberanos y héroes, basadas en hechos históricos, a los que se integraron leyendas y aspectos mitológicos con el paso del tiempo.

En algún momento estas obras adoptaron una versión canónica que posteriormente se puso por escrito. De esta manera, el ideal educativo se centraba en una “educación [que] parece haberse visto limitada a una iniciación práctica a través del medio ambiente, a la vida del oficio, a la vida campesina o a la vida noble y guerrera (equitación, armas, música, medicina) [que a través de la obra homérica contribuyó] a enseñar a los hombres virtud, justicia y verdad” (Assa, p. 25).

Así, en la *Ilíada* se describirán las figuras de dos personajes encargados de la educación de los héroes en distintos aspectos. Quirón y Fénix representan a los maestros. Quirón, el sabio centauro, enseñó a Aquiles las actividades prácticas del guerrero –los deportes y los ejercicios caballerescos–: la caza, la equitación, el lanzamiento de jabalina, las artes cortesanías (como tañer la lira), la cirugía y la farmacopea, estas últimas importantes para la guerra. Fénix, por su parte, formó a Aquiles en el arte de la oratoria, la fidelidad al soberano y las cualidades del caballero perfecto. En la *Odisea* aparece Méntor, amigo de Odiseo, quien al partir a la guerra le pide que se haga cargo de la educación de su hijo Telémaco, en dos dimensiones educativas: el oficio de la guerra y la educación en las virtudes.

Lo expuesto en estas obras representó el primer modelo educativo que fue perpetuado por la educación griega a través de la tradición oral y, una vez escritas, como parte del contenido empleado en las escuelas en todos los niveles escolares (Marrou, 1998, pp. 30-31).

¹² Se carece de datos confiables sobre la existencia de este autor, y se ha hipotetizado acerca de si las obras que se le atribuyen fueron escritas por una sola persona o por un conjunto de rapsodas. No obstante, de lo que se tiene constancia es que, “a partir del siglo VII antes de nuestra era, ser culto implicaba conocer a Homero de memoria y ser capaz de citarlos en cualquier ocasión” (Assa, p. 25).

Frente al ideal educativo homérico, en esa misma época existió otro modelo a imitar: el que proporciona Hesíodo, en su poema pedagógico *Los trabajos y los días* en el que mediante la narración de episodios alegóricos y fábulas, se hace un panegírico centrado en la importancia formativa del trabajo en una sociedad agrícola. El autor relata las vicisitudes del hombre trabajador en su camino a la consolidación de la moral campesina, a través de la justicia, la virtud y el trabajo. De acuerdo con Colombani, Hesíodo ocupa el lugar del maestro de la *Alétheia* –justicia, verdad, sinceridad y realidad–, dando lecciones de vida a su hermano, quien injustamente le exige parte de su patrimonio, tratando de lograr en él dos actitudes: comprender y escuchar para convertir la educación en *Kairós* –como actuar en el momento adecuado u oportuno– (Colombani, 2020, pp. 34 ss).

Resulta paradójico y sorprendente pensar que el modelo educativo que prevaleció en ese momento en el mundo griego,¹³ nos remite a prácticas educativas asistemáticas o no formales, de carácter práctico, dada la inexistencia de instituciones escolares.

Después de este primer momento de la cultura griega, la invasión de distintos grupos en los diversos territorios de la Grecia continental y las costas mediterráneas –dorios y jonios principalmente– generó divergencias notables en las distintas regiones griegas, entre las que estuvieron incluidas las prácticas educativas. Se ha establecido como prototipo de educación formal la de Atenas,¹⁴ con su modelo educativo aristocrático o *paideia* –formación– de la *areté*, que sintetiza la prestancia física y disciplina militar que se remonta al origen, la raza y la tradición (Santoni, 1993, p. 39). En esta población, con la Constitución del arconte Solón de Atenas en el 594 a. C. se transitó paulatinamente a la democracia y, con ella, la educación de la élite aristocrática que se realizaba en casa con preceptores, dio paso a las condiciones para la creación de una escuela formal privada –pagada por los padres–, que siguió un modelo basado en una educación integral –física, intelectual y espiritual (moral)– contenida en el ideal de la *paideia* ya mencionada, cambiado con posterioridad al de la *kalokagathía*, “equilibrio ideal entre cuerpo y espíritu, entre las cualidades físicas y morales; [a la que se añade] la *sophrosýne*, dominio ideal de sí mismo, disciplina y medida” (Santoni, 1993, p. 39), cuya finalidad radicaba en formar a un educando bello y bueno.

A decir de Larroyo, hubo entonces dos niveles escolares: el elemental, compuesto, a su vez por dos escuelas: la *palestra*, donde el maestro –*paidotriba*– se enfocaba en el cultivo del cuerpo (a través de ejercicios gimnásticos); y la *didascalía* encargada de la formación intelectual, en donde el *grammatista* enseñaba al niño a leer, escribir y hacer cálculos aritméticos básicos; a los que se sumaban, conforme avanzaban los grados, fábulas, extractos de Homero, de Hesíodo, y las leyes de Solón, textos en los que se estudiaba religión, historia, geografía y ciencias naturales. A los docentes mencionados se sumaba el *sofronista*, enfocado en el comportamiento moral. Esta escuela elemental se ofrecía entre los 7 y los 13 años de edad; quienes pertenecían a las clases inferiores recibían esta instrucción, después se dedicaban a las labores agrícolas o al aprendizaje de un oficio manual. Las clases superiores podían continuar sus estudios en el siguiente nivel, al que denominaron *gimnasio*.

En este se profundizaba la formación intelectual y física, y hacia finales del siglo VI y principios del V antes de nuestra era, el programa educativo se fue enriqueciendo con la introducción de elementos de astronomía, matemática aplicada, geometría y música, la que enseñaba el *citarista*; esta formación musical, además del manejo de instrumentos (cítara y lira), abarcaba el ritmo poético, el

¹³ Y que subsistió en el mundo occidental a lo largo de la historia como el modelo de formación guerrera o heroica.

¹⁴ A este modelo se contrapuso el que se impulsó en Esparta, de carácter asistemático, militarizado y centrado en la continuidad del modelo guerrero. Sin embargo, se ha preferido describir en este escrito el modelo ateniense.

canto y la danza (denominada *orquística*), ya que se buscaba que contribuyera a la educación ético religiosa de los griegos. En este nivel educativo, el Estado intervino de manera directa emitiendo prescripciones escolares como el número de alumnos a admitir, las horas de enseñanza, la organización y la dirección de los gimnasios, la cual desempeñaba el *gimnasiarka*, que era electo anualmente. Al paso del tiempo, junto a la pista destinada a los ejercicios físicos se construyeron bibliotecas, salas de estudio y jardines (Larroyo, 1973, pp. 144-145).

Concluida la educación secundaria, el joven ateniense había llegado a la edad de incorporarse a la vida adulta. El resto de su educación se realizaba a partir de su participación en la vida pública –política–, en la que como hombre libre tenía libertad y obligación de participar. Si bien, dadas las condiciones sociales de la Atenas del siglo V a. C., no había escuelas de educación superior establecidas, quienes optaban por esta educación, acudían a diversos lugares a obtener otra formación, entre las opciones se encontraban, como ya se mencionó, las escuelas egipcias. Paulatinamente, a partir de los constantes intereses intelectuales de estos aristócratas, empezaron a conformarse “escuelas”, a modo de doctrinas de pensamiento científico-filosófico; en la propia Atenas, Anaxágoras fundó una de ellas; y a lo largo de las colonias griegas del Mediterráneo, entre las más notables destacaron la de Mileto –o Escuela Jónica– en la que participaron Tales, Anaxímenes y Anaximandro; la creada por Pitágoras en Crotona (Magna Grecia); y la Eleática fundada por Zenón. Sin embargo, estas escuelas eran insuficientes al ser altamente selectivas y, por ende, la aceptación de sus aspirantes era muy limitada.

Entonces aparecieron en escena los sofistas –“sabios”– quienes ofrecieron enseñanzas para atender la necesidad de participación política; para ello los ciudadanos requerían elaborar discursos que persuadieran a sus interlocutores de la validez de sus posturas al exponerlos. Los primeros sofistas fueron maestros itinerantes que viajaban de ciudad en ciudad impartiendo sus enseñanzas, por las cuales cobraban.

La realización de las conferencias que dictaban tenía el propósito de demostrar su saber y atraer a los posibles interesados en sus enseñanzas, llevando a cabo una especie de preceptorado colectivo, con el que prometían “hacer de sus discípulos buenos ciudadanos, capaces de conducir con acierto su propia casa y manejar con máxima eficacia los asuntos de Estado: su ambición, en una palabra, era enseñar el arte de la política” (Marrou, 1998, pp. 85-86). La formación duraba tres o cuatro años y su costo variaba de acuerdo con el sofista que lo impartía.

De acuerdo con Bowen, “apareció así en Atenas una nueva ocupación o profesión: la de «profesor» de enseñanza superior” (1976, p. 133). Los sofistas fueron los primeros profesores de educación terciaria en Grecia, donde a diferencia de los profesores de las culturas antiguas ya referidas, los maestros, tanto los de educación elemental y media, como estos maestros de elocuencia, no tuvieron reconocimiento social, debido al desprecio ateniense hacia quienes cobraban por enseñar; por ello, los sofistas sufrieron los embates de diversos sectores sociales, entre los que destacó el grupo de los llamados a sí mismos “filósofos”, es decir, “los que aman la sabiduría”, con Sócrates a la cabeza, seguido por sus discípulos.

A pesar de este rechazo los sofistas formaron a múltiples atenienses en el arte de la persuasión, enseñándoles a construir discursos y a dictarlos con elocuencia; para ello iniciaron la enseñanza de lo que se conocerá como formación retórica: *trívium* –gramática, retórica y dialéctica– y *quadrvivium* –matemáticas, geometría, astronomía y música (en sentido amplio, como se dijo líneas arriba)–. El primer grupo de materias desarrollaba habilidades vinculadas con la construcción y la defensa –oral y escrita– del discurso; el segundo, posibilitaba el bagaje de contenidos necesarios para fundamen-

tarlo, basado en la habilidad de recuperar y seleccionar la información atingente para argumentar y contra argumentar, competencias basadas en la memorización.

Los sofistas no fueron un grupo homogéneo ni educaban uniformemente; entre ellos había expertos en un área del saber y otros que se vanagloriaban de saberlo todo; igualmente, tenían perspectivas distintas en torno a la educación y enseñaban disciplinas diversas (Bowen, 1976, p. 133). Muchos de ellos fueron reconocidos y exitosos, como los ya mencionados Protágoras y Gorgias –ambos atacados por Platón, en supuestos debates con Sócrates, en los diálogos *Protágoras o Los sofistas* y *Gorgias o De la retórica*; otros establecieron escuelas de retórica, por ejemplo, Isócrates, quien tuvo gran reconocimiento y generó una buena fortuna.

Independientemente de las objeciones de los filósofos, los sofistas fueron los primeros que reflexionaron sobre la morfología y la sintaxis de la lengua, la lógica de los razonamientos, la psicología de los escuchas y la técnica para el diseño de los discursos, y tuvieron mucho éxito porque estos temas los demandaban sus audiencias interesadas; también enseñaban política y ciencias naturales. Asimismo, iniciaron el periodo antropológico de la filosofía, al enfocarse en la reflexión de los temas humanos, políticos y sociales; también dieron ejemplo del ideal educativo a los romanos, quienes fundaron escuelas de retórica e incorporaron al retórico como el ideal del sujeto educado por excelencia (Larroyo, 1973, pp. 148-151).

En la Atenas del siglo V, tras la reacción contra los sofistas, se establecieron las enseñanzas de los filósofos, quienes conceptualizaron diversos ideales educativos, empezando por el propio Sócrates, de quien se conocen sus ideas a través de los escritos de sus discípulos, principalmente en la obra de Platón, quien en sus diálogos sitúa a Sócrates como personaje principal y expone su pensamiento.

Es en el diálogo platónico *La República o de la Justicia* en el que encontramos una primera reflexión sobre la educación de su tiempo y una propuesta de modelo educativo. En este diálogo de juventud, en la imaginaria y justa ciudad ideal que describe el escrito, la educación debía ser distinta para cada estamento social, el de los guerreros, los artesanos y campesinos solo tendrían como nivel educativo, el medio y el elemental, respectivamente, ya que no necesitaban una mayor preparación para dedicarse a la guerra, a su oficio o al campo; y el más alto, el de los gobernantes de la República, debía recibir un conjunto de enseñanzas de mayor duración y profundidad, a modo de una educación superior, la cual debía culminar con una formación filosófica, considerando que de esta manera gobernarían con mayor justicia y virtud. Por supuesto, los maestros de dicho estamento tendrían que ser filósofos.

Tiempo después, Platón retoma el tema de la educación en el diálogo *Leyes o del modo de hacerlas*, escrito de un Platón ya viejo, en el que afirma que no debía haber educación superior, y que los ciudadanos de todas las clases sociales debían tener una educación mínima, la cual se iría desarrollando de acuerdo a la naturaleza de los niños, sus talentos y preferencias, a fin de orientar sus estudios, ya que “cada hombre debe consagrarse a aquello para lo que por su peculiar naturaleza es más apto, a fin de obtener de esta suerte la mayor ventaja para sí y para la sociedad” (Larroyo, 1973, p. 159).

En materia de instituciones de educación superior formal, los filósofos instauraron la formación filosófica como educación terciaria, empezando por Sócrates y su peculiar método didáctico: la mayéutica. Continuó esta tarea Platón al fundar la *Academia*, su escuela filosófica en la que enseñó hasta su muerte, y en la que se formaron numerosos e importantes personajes; esta escuela sobrevivió hasta el año 529 d. C.

Entre los discípulos más relevantes de Platón y su escuela, destacó, sin duda, Aristóteles, quien tras recibir por una veintena de años las enseñanzas de su maestro, a la muerte de este se distanció de algunas de las teorías de la Academia, y fundó su propia escuela, el *Liceo* o escuela peripatética,

famosa por la postura epistemológica y por el método que derivó de esta, así como por los campos de conocimiento que se trabajaban en ella. Fue un espacio en el que, además de formar a quienes la integraban, se llevaba a cabo una labor de divulgación mediante conferencias públicas.

Para cerrar este apartado, vale la pena señalar que los modelos, el de la retórica sofista y el de la filosofía, a pesar de sus diferencias, pugnaron por educar en la virtud, por ser un elemento importante para el educando y para la sociedad (Larroyo, 1973, pp. 151-157). Aunque hay que reconocer que en los hechos fueron los sofistas los que influyeron en la conformación de la educación superior formal griega, lo comprueba el hecho de que a sus escuelas asistían los hijos de las familias aristócratas de toda Grecia. De acuerdo con Larroyo, Platón fue vencido por Isócrates, ya que las escuelas de retórica prepararon a los ciudadanos de Atenas y de otras colonias griegas para realizar diversas funciones administrativas, jurídicas y políticas, lo que “constituyó el punto de partida para la cultura erudita y, paralelamente, de nuevos establecimientos docentes y de investigación” (Larroyo, 1973, p. 174).

A continuación, nos referiremos de manera igualmente breve a la educación superior en la civilización romana, la cual, de acuerdo con su propia narrativa, empieza con la fundación de Roma en el año 753 antes de nuestra era.

El pueblo romano surgió como una monarquía guerrera, disciplinada, trabajadora y profundamente nacionalista. Este sistema de gobierno duró hasta el 509 a. C. cuando ante el ejercicio tiránico de sus reyes, Roma se transformó en una república que duró hasta el año 27 a. C. En la primera etapa, la educación se desarrolló de manera familiar, con una base nacionalista y principios de disciplina y orgullo por la laboriosidad romana, vinculada con una formación heroica-guerrera similar a la descrita para Grecia; en la segunda etapa se verá surgir la escuela elemental del *ludi magister* –maestro de juegos–, dadas las necesidades de una formación cívica que consideraba la participación de la ciudadanía en la vida de la República.

A partir del siglo III a. C., Roma experimentó grandes transformaciones en todos los terrenos, derivadas de las múltiples victorias militares sobre otros pueblos, de los que fue retomando los elementos civilizatorios que les resultaron de utilidad. En particular el hecho de haber convertido a Grecia en provincia romana en el 146 a. C. marcó un antes y un después en su desarrollo cultural y educativo, ya que Roma se vio profundamente influida por la cultura griega; de tal modo, que al llevar a cabo esta conquista empezó a replicar las prácticas e instituciones de Grecia, entre ellas las educativas, dado que las propias no podían satisfacer las necesidades de un grupo conquistador en expansión, especialmente en un momento histórico en el que la lengua griega era la lengua franca. Ello llevó a una dinámica cultural en la que se empezaron a traducir las obras de autores griegos al latín, a la par que muchos griegos se trasladaron a lo largo del imperio romano ocupando diversos puestos, entre ellos como docentes.

De este modo, después de haber tenido una enseñanza nacionalista republicana, que ofrecía la escuela elemental se instauró la escuela media *del grammaticus* que enseñaba la lengua y la cultura griegas. Con el ideal educativo de la *humanitas*, la educación media inició brindando una educación bilingüe, para hablar y escribir el griego y el latín, en la que la gramática era la base de la formación, a pesar de las reticencias de algunos romanos como Catón el viejo, que se oponían a la influencia de la cultura griega, la que ya constituía el elemento más importante de la formación.

Tras la etapa republicana, en el año 27 a.C., Roma dio paso al imperio. Bajo esta nueva forma de organización y de gobierno, se impulsó la educación superior en la que la retórica se impuso como la disciplina que reflejaba el ideal educativo romano.

Desde la retórica apologética hasta la forense, la necesidad de formarse para este arte, denominado en Roma *oratoria*, permeó notoriamente en este nivel educativo (Larroyo, 1973, pp.190-199).

De acuerdo con Marrou, la retórica romana fue enteramente griega (1998, pp. 390-391). La escuela superior preparaba para el foro, principalmente para la formación en la carrera jurídica. Tal importancia tuvo la formación en la escuela del retórico para la Roma imperial, que "...los emperadores conferían honores, con frecuencia elevados, a los miembros del cuerpo docente [...]" (Marrou, 1998, p. 419). Tal fue el caso de Marco Fabio Quintiliano,¹⁵ destacado abogado, orador y maestro de oratoria que trabajó bajo los emperadores Vespasiano, Tito y Domiciano;¹⁶ el primero de ellos le asignó la primera cátedra pública y oficial de maestro de oratoria con un alto salario, misma que sostuvo por una veintena de años, y en donde se formaron el futuro emperador Adriano, el poeta y dramaturgo Juvenal y el político e historiador Tácito. Domiciano, por su parte, le encomendó la educación de sus sobrinos y le otorgó, por primera vez a un orador, las insignias consulares del imperio.

Su obra *Institutio oratoria*, compuesta por doce títulos, es uno de los tratados más importantes en materia educativa; centrada en la formación del orador, dedicó el libro XII a señalar las características deseables en un docente de oratoria, varias de las cuales siguen estando vigentes en nuestro tiempo.

A partir del Bajo Imperio, la formación del retórico se volvió trascendental para proveer a Roma de los "administradores" que necesitaba el imperio (Marrou, 1998, p. 422). Sin posibilidad de extendernos más en lo relativo a la formación retórica, se recomienda al lector el procedimiento didáctico del diseño del discurso mediante un caso imaginario: las *suasoriae* y las *controversiae* (Bowen, 1976, pp. 263-264).

En este apresurado esbozo histórico, la siguiente etapa a describir corresponde a la educación cristiana. Las ideas vinculadas con esta religión circularon en el entorno del Imperio romano desde el inicio del Imperio, en el siglo I d. C.; pero fue hasta el siglo IV de nuestra era que Teodosio I estableció al cristianismo como religión oficial del imperio, con lo cual esta religión pasó a ser parte de la formalización¹⁷ de su educación. El cristianismo, que es una religión "de libro", tuvo que pensar en la educación formal de los creyentes y los integrantes de las instituciones eclesiásticas. Los cristianos adoptaron las escuelas griega y latina porque creían que para ser cristiano se necesitaba primero formarse como ser humano. En la enseñanza elemental y media se introdujo el culto cristiano y, aunque disminuyó el tiempo dedicado a la cultura clásica, mantuvieron la enseñanza del resto del currículum. En cuanto al tercer nivel de enseñanza, a partir del siglo II de la era cristiana, empezaron a surgir las escuelas de teología cristiana, las cuales se dedicaban a la investigación más profunda de la "verdad revelada". Fue a partir de ese momento que la filosofía clásica y la teología se conjugaron y, en cierto sentido, crecieron conjuntamente en un nuevo desarrollo de saberes. La escuela tenía en su plan de estudios a las artes liberales, literarias y matemáticas, pero entonces la exégesis y la teología fueron las nuevas disciplinas, que intentaron acabar "con la erística del filósofo y la verborrea del orador" (Marrou, 1998, pp. 427-444).

Para este momento, la figura del teólogo se constituyó en el nuevo modelo de alta educación. Así, desde el siglo II surgieron paralelamente las escuelas monásticas dentro de las diferentes órdenes reli-

¹⁵ Marco Fabio Quintiliano (Calagurris, Naussica, hoy Calahorra España, ca. 30 - Roma ca.100 d. C.).

¹⁶ Tito Flavio Vespasiano gobernó entre los años 68 y 79 d.C., Tito Vespasiano Augusto entre el 79 y el 81, y Tito Flavio Domiciano entre el 81 y el 96.

¹⁷ Se habla de formalización, ya que desde el año 30 d. C., el cristianismo empezó su expansión a lo largo del vasto territorio del Imperio romano, proceso que propició paulatinamente un fenómeno de desarrollo y conformación de prácticas educativas que iniciaron con la evangelización y de creación de diversas escuelas para formar a los nuevos cristianos y a los maestros de estos.

giosas, las de catecúmenos y las de catequistas, estas últimas para formar a quienes enseñaran la catequesis, mismas que se fueron transformando en centros de formación y de investigación; instauradas en diversas ciudades, fueron tan famosas en su época que se convirtieron en polos de atracción para obtener una alta formación en teología. Entre las más importantes se encuentran las de Alejandría,¹⁸ Cesarea (Palestina) y Antioquía (Turquía). Como puede verse, destaca que estas “*didaskaliones*” estuvieron ubicadas en el Medio Oriente.

La educación en la primera etapa del cristianismo

En este contexto, otro de los principales padres de la iglesia, Agustín de Hipona,¹⁹ escribió en el año 389 un texto denominado *El maestro*, en el que se identifica su apego al pensamiento neoplatónico, ya que sostiene el innatismo del conocimiento, incorporándolo con los principios teológicos del dogma cristiano. Para él, Cristo es el único “Maestro” que nos permite alcanzar el conocimiento intelectual verdadero, la sabiduría o primeros principios, que se encuentran en el interior de cada hombre; mientras que el “maestro” externo humano “solo puede enseñarle al educando cómo ejercitar el acto que distingue al hombre del resto de los mortales: pensar” (Camusso, 2019, p. 29); ya que el alumno no es consciente de que la verdad de Cristo mora en su interior. Lasa (citado en Camusso), afirma que el maestro humano “sólo puede suministrar noticias u objetos de ciencias, o advertir o invitar al alumno a volverse hacia las realidades que hacen posible sus juicios sobre la realidad sensible; esto es, volverse hacia las reglas eternas [...] puede apoyar al discípulo a adquirir el hábito de la ciencia a partir de la repetición de las siguientes operaciones: *definir, distinguir, relacionar, buscar causas, sistematizar, criticar y sintetizar*” (p. 33), establecer relaciones, etcétera. Por supuesto, todas ellas son habilidades que el maestro debe poseer para poder enseñarlas. Como se puede observar, el maestro de Hipona logró explicitar la vinculación entre pensamiento y lenguaje; con su explicación de filosofía del lenguaje y su conocimiento de morfología y de sintaxis del latín, explicita el papel de las clases de palabras, desarrollando primero en el maestro (externo) y después como una labor de enseñanza de este al discípulo, el desarrollo de una consciencia lingüística, imprescindible para el proceso de enseñar y aprender.

La educación en la Edad Media

En el año 476 de nuestra era, ocurrió la caída del Imperio romano de Occidente, cuando Odoacro, líder de una tribu de origen germánico, depuso al último emperador de Roma: Rómulo Augusto; acontecimiento simbólico con el que los historiadores señalan convencionalmente el inicio de la Edad Media.²⁰ La primera etapa de este largo periodo ha sido llamada “edad oscura” por la descom-

¹⁸ La escuela de Alejandría (*Didaskalion*) se creó en el año 180, aunque se dice que fue fundada por el propio evangelista San Marcos. Su primer director fue Panteno, seguido por Clemente de Alejandría y Orígenes, entre muchos otros padres de la Iglesia.

¹⁹ Agustín de Hipona nació el año 354 en Tagaste. De padre pagano y madre cristiana se trasladó a Cartago donde estudió gramática, filosofía y retórica. En 383 se trasladó a Roma, donde fue nombrado *magister rhetoricae* en Milán, lugar en el que se convirtió al cristianismo en 386. Al año siguiente regresó a África y, en el 391, fue designado obispo en la ciudad de Hipona, donde escribió múltiples aportaciones teológicas, por las que fue considerado uno de los principales Padres de la Iglesia. Murió en Hipona en el año 430.

²⁰ Desde el inicio del siglo V ocurrieron una serie de invasiones en distintos puntos geográficos del Imperio romano, por parte de distintos grupos: ostrogodos, vándalos, visigodos, hunos, etcétera. Dada la división del imperio en Oriente y Occidente, los romanos dependían de los integrantes de las tribus bárbaras para defender sus fronteras, a quienes por

posición social que tuvo el mundo romano, antes organizado con base en leyes e instituciones. Por supuesto entre las instituciones afectadas –de facto desaparecidas– se encontró el sistema de educación público que había existido desde el siglo I hasta ese momento.

Un siglo después, la Iglesia católica, única institución superviviente de las existentes en el imperio, empezó a desarrollar una fuerte labor de evangelización entre las tribus invasoras “bárbaras”, convirtiéndolas al cristianismo; en el proceso se fueron creando instituciones educativas tomando como modelo el sistema de escuelas municipales del desaparecido imperio, basándose en la organización de las diócesis eclesiásticas cristianas. Las escuelas elementales se instauraron en las parroquias de pequeñas comunidades cristianas, de ahí que se les denominara escuelas parroquiales; simultáneamente se establecieron escuelas monásticas en las instalaciones de las diversas órdenes religiosas. Sin embargo, al resultar insuficientes estas opciones de educación “formal”, aún para la propia Iglesia, se empezaron a restaurar los niveles de educación media y superior enfocadas específicamente a las personas que iban a dedicarse al estado clerical. Como resultado de ello se crearon las escuelas catedralicias o episcopales, ya que se ubicaron en la iglesia catedral, donde radicaba el obispo de la diócesis, las cuales en muchos casos poseían bibliotecas de cierta importancia. En estas se daba la formación en artes liberales, con las características propias del antiguo gimnasio clásico, como base de la formación eclesiástica que consistía en teología, apologética, exégesis, sagradas escrituras y derecho canónico.

En estas escuelas, se mantuvo una actitud de admiración hacia la cultura antigua, la autoridad de los clásicos y se enseñaba la ciencia y la filosofía que se conocían; sin embargo, no se enseñaba a investigar. El maestro, especialmente el de las siete artes liberales, fue llamado escolástico; Larroyo (basado en Geyer) define a la escolástica como el: “movimiento intelectual oriundo de la Edad Media, preocupado por demostrar y enseñar las concordancias de la razón con la fe por medio del método deductivo silogístico, conducente a eliminar las posibles contradicciones de las verdades transmitidas en materia de dogma por los filósofos y teólogos oficiales de la Iglesia” (Larroyo, 1973, p. 260).

De acuerdo con Villa (2017), el escolástico formaba parte de los miembros de la Iglesia, por lo que debía ofrecer su enseñanza sin cobrar debido al decreto emanado del Concilio de Letrán, realizado en el año 1179:

En cada catedral deberá existir un beneficio suficiente que se asignará a un maestro, el cual se encargará de la enseñanza gratuita de esta [sic] iglesia y de los escolares pobres; de esta manera el maestro verá cómo se solucionan las necesidades de la vida y los discípulos verán abrirse ante ellos el camino de la sabiduría. En las otras iglesias y monasterios se destinará nuevamente a este cometido lo que en tiempos pasados hubiera podido dedicarse al mismo. No se exigirá nada por la obtención del permiso para enseñar; ni se podrá cobrar cuota alguna, bajo pretexto de una costumbre existente, a aquellos que enseñan; no se podrá negar para enseñar a quien lo solicite, si es reconocido capaz de este requisito (Villa, 2017, pp. 68-69).

La escolástica, como estrategia didáctica, consistía en varios pasos para la formación de los discípulos: *lectio*, lectura de los fragmentos escogidos que hacía el maestro; *collatio*, conversación entre

sus servicios les entregaron tierras fronterizas y les otorgaron títulos como el de cónsul a los líderes, ello generó en estos grupos la idea de que podían gobernarse autónomamente. Al paso del tiempo, en el año 428, los vándalos se habían apropiado del norte de África, en el 355 habían tomado Sicilia, Cerdeña y Córcega, así como vastas regiones de la península itálica, por lo que la caída de la capital del imperio era un hecho inminente.

maestro y alumnos para aclarar un texto oscuro o un razonamiento; *glosa, comentario* escrito breve sobre el texto leído; *dictamen*, ejercicio de composición en prosa o en verso; *diálogo*, formulario de preguntas y respuestas elaborado por el maestro para que los alumnos aprendieran de memoria; *discusión dialéctica*, empleo de la lógica aristotélica para razonar con proposiciones probables; *cuestiones disputadas*, escrito en el que se aclara el sentido de un texto, mediante la ponderación de argumentos en contra y a favor de los autores clásicos que hayan tratado sobre el tema; y *cuestiones quodlibetales*,²¹ exposición de un tema por uno de los escolásticos para propiciar una disputa intelectual (Larroyo, 1973, pp. 264-265).

La escolástica fue el sistema vigente a lo largo de la Edad Media (y aún después), su relevancia fue tal que poco tiempo después “salió” de las escuelas y colegios eclesiásticos para incorporarse en las nacientes escuelas de educación superior, autodenominadas *studium generale*. Estas surgieron de manera “autónoma” y no formal al organizarse a partir del interés o necesidades de conocimiento de ciertos sectores de la población medieval, no enfocados en formarse para la carrera eclesiástica, sino en nacientes campos de intervención “profesional” (como el derecho o la medicina); por ello, enseñaban un estudio general o saber universal. Fue hasta el siglo XIV que la denominación *studium generale* se cambió por *universitas*.

Las universidades medievales

Las primeras universidades medievales europeas surgieron de maneras diversas; una de las primeras, vista como protouniversidad, fue Salerno de la que se tiene noticia de su origen desde el siglo VIII, enfocada a los estudios de medicina; otras, con reconocimiento de los estudios de un área del saber específico en las escuelas locales, como es el caso de Bolonia en el 1179, reconocida en el estudio del derecho; la de París derivó de la escuela catedralicia existente en 1201, reconocida por sus estudios en teología. Con el tiempo, la mayoría de las universidades estuvo compuesta por cuatro facultades: Artes, Teología, Medicina y Derecho. Los estudios de la primera facultad se consideraron necesarios para el ingreso a cualquiera de las otras tres facultades.

De acuerdo con Villa Prieto, “en torno a los centros docentes se desarrolló gradualmente una auténtica ciudad universitaria; a su alrededor se construyeron residencias para profesores y alumnos, hospitales, capillas, mesones, librerías, tiendas [...] París y Bolonia cuentan con corporaciones donde alojar a los estudiantes desde el siglo XII” (Villa, 2017. pp. 75-76).

El crecimiento interno de cada universidad al igual que el número de instituciones y los territorios en que se instalaron, llevó a regular de diversas maneras estos centros de enseñanza y estudio. Tal fue el caso de las universidades españolas que motivó a Alfonso X el Sabio, quien gobernó entre 1252 y 1284 el reino de Castilla y León y estableció un código que exponía lo siguiente:

[...] la oferta académica de los *studia* ha de destacar por su calidad, lo que significa que los maestros deben ser doctos y expertos en la materia que enseñen [...]. Debe haber, al menos, un maestro por cada ciencia impartida, pero si ello no es posible debe procurarse especialistas en Gramática, Lógica, Retórica, Leyes y Decretos (Alfonso X. Partida II, título XXXI, ley 3, en Villa, 2017, p. 75).

²¹ Ejercicios de tema libre que proponía el maestro, de manera espontánea, para debatir y poner en ejercicio las habilidades en proceso de formación.

Los estudiantes de las universidades que tenían ansia de saber, pues era su interés personal el que los llevaba a la educación superior, buscaban al docente que tenía como objetivo satisfacer dicha necesidad de conocimiento del estudiante. Debido a que los docentes eran figuras públicas, debían tener una vida ejemplar, lo que incluía, al pertenecer muchos de ellos al clero regular y secular, “se les exigía el celibato y la castidad” (Romero y Pupiales, 2013, p. 235).

Cabe señalar que quien estudiaba en las facultades mencionadas obtenía además del grado de maestro en la disciplina, la *licentia docendi*, es decir el permiso para enseñar; y si la universidad de la que se egresaba tenía cédula real o bula papal, dicha licencia se extendía a enseñar en otras facultades y universidades, por lo que la licencia se convertía en *facultas ubique docendi*. De ahí surge el proceso de formación docente que ha caracterizado desde sus orígenes a las universidades.

Los docentes universitarios tenían, por lo regular, dos niveles escalafonarios, los de cátedra de prima y los bachilleres, que funcionaban como ayudantes de los primeros. Los franciscanos y los dominicos fueron los docentes más reconocidos en la enseñanza de teología en la Universidad de París. Se hacían concursos de oposición para conseguir las cátedras. Igualmente, tuvo peso demostrar pureza de sangre, a partir de constancia escrita y otros aspectos relativos a cargos anteriores (Romero y Pupiales, 2013, p. 236). Hay que señalar que igualmente se solicitaba el provenir de una familia de “cristianos viejos”.

De acuerdo con estos autores, la formación docente se hacía desde la facultad de Artes a través de las siguientes etapas:

1. A los catorce años iniciaba estudios en una facultad de Artes, pues era un requisito obligatorio para poder integrarse en los otros estudios.
2. Luego debía superar seis cursos anuales y demostrar sapiencia ante los jurados, en el segundo curso debía defender el “*determinatio*”, entonces se concluía el bachillerato.
3. Pasado ese momento, el bachiller podía iniciar actividades docentes (como adjunto) bajo la vigilancia del maestro regente o titular de la cátedra.
4. Al terminar el sexto curso, recibía el grado de magister o doctor en Artes, con la consiguiente *licentia docendi* (permiso para impartir clases).
5. Los maestros de teología, tuvieron mayor relevancia: al recibir el título de maestro en teología recibía también cátedra, libro, anillo de oro, toga y birrete. Era imposible obtener el título de maestro en teología, antes de tener los treinta y cinco años (Romero y Pupiales, 2013, p. 237).

Como puede observarse, no se requería contar con un grado superior al de bachillerato para iniciar las labores docentes, que se realizaban en la propia facultad de Artes. Pero dado que este grado de bachiller era requisito para estudiar en las otras facultades, la licencia de enseñanza se iba haciendo extensiva a la disciplina que se estudiaba en la facultad mayor.

La profesión de “docente universitario” abrió un nicho laboral importante y una marca de distinción social como intelectuales, pero su ingreso era bastante complicado, ya que llegar a este mundo del saber requería sacrificios para algunos, aunque podía ingresar una persona de cualquier clase social a la institución, los de pocos recursos tenían que hacer trabajos como copiar libros (labor siempre supervisada), vendían o alquilaban sus apuntes de clase, fungían como tutores de sus compañeros menos aventajados (Romero y Pupiales, 2013, p. 237).²²

²² En el capítulo 4 de esta misma obra se retoman diversos aspectos sobre las universidades y la docencia.

La educación en Mesoamérica

Finalmente, dando un salto geográfico y cronológico se ha querido integrar en este capítulo una breve mención a la importancia que en el mundo mesoamericano tuvieron la educación y la figura del maestro, considerando que el desarrollo de las dos culturas a las que nos referiremos en cuanto a su modelo y proceso educativo ocurrieron de manera contemporánea al periodo de la escolástica y el surgimiento de las universidades.

A la zona denominada Mesoamérica llegaron los primeros grupos nómadas hace aproximadamente 11,000 años. Como se dijo previamente, en esta región se desarrolló una civilización originaria, la olmeca, cuyos primeros asentamientos datan del año 1200 antes de la era cristiana. A esta civilización “madre” le siguieron culturalmente otras: la zapoteca, la teotihuacana, maya y mixteca; a las que se suma la tolteca,²³ cuya influencia en el periodo posclásico es relevante; y, por último, hay que hacer mención de la cultura nahua; todas estas conservaron las bases civilizatorias de la primera que sentó los cimientos culturales esenciales, a partir de los cuales se fueron dando variaciones en el largo periodo que va del año citado hasta la caída de los aztecas-mexicas en el año 1521 a manos de los españoles y los grupos originarios aliados a estos.

De las culturas maya y mexica contemporáneas a la llegada de los conquistadores, conocemos sus prácticas educativas gracias a los escritos de los propios españoles, en especial los de dos misioneros que permanecieron en la Nueva España investigando y recopilando los testimonios directos de los pobladores originales, Fray Diego de Durán y Fray Bernardino de Sahagún.²⁴ A continuación, se describirán, de manera general, las prácticas educativas de estas dos civilizaciones.

Destaca que en las civilizaciones mesoamericanas la educación era tradicionalista, disciplinaria y moralizante, regida por la cosmovisión en la que cada ser humano jugaba un papel específico para sostener la creación llevada a cabo por sus dioses, a los que había que venerar, rendir culto y sacrificios. De ahí que los procesos de educación no formal y formal (estos últimos realizados en diversas instituciones escolares), eran responsabilidad del conjunto de los integrantes de la sociedad, quienes debían asumir una actividad formadora continua. Puede entonces hablarse de una sociedad educadora en la que todos y cada uno de los sujetos sociales tenían la obligación de asumir un papel activo en la educación de infantes y adolescentes.

La educación inicial de niños y niñas se llevaba a cabo en la familia, la que se encargaba de enseñarles de manera práctica los hábitos y las tareas sociales a desarrollar por sexo; además, por tradición oral se transmitían la cosmovisión y religión, más la historia e identidad sociocultural, con la intención de que los jóvenes se incorporaran a su mundo, lo comprendieran y supieran cómo actuar en él, basados en “dos principios fundamentales; el autocontrol y el conocimiento de sí mismo y de quién debe llegar a ser” (León-Portilla, 2006, p. 223). Las características de esta educación, a lo largo de este periodo, consistían en “...las privaciones, la dureza, los castigos, el trabajo, la sobriedad, todo esto salpicado de discursos y pláticas con temas morales...” (Moreno, 1966, p. 36). Esta educación doméstica, de carácter no formal, abarcaba desde el nacimiento hasta aproximadamente los 13 años

²³ De acuerdo con las crónicas, Tollan fue una ciudad casi mítica en la que vivió y reinó Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, quien según la leyenda había creado “todos los conocimientos y los oficios, y se los enseñó directamente a sus discípulos. Así los toltecas, eran sabios, creadores y oradores; artistas de la pluma, inventores del trabajo en cantera, en la elaboración de códices, la arquitectura, la astrología y cuidadosos de las cosas divinas” (véase: Vásquez, 2019, pp. 24-25).

²⁴ Fray Diego Durán (1537-1588), fue un historiador y predicador dominico de origen español, autor de la *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra firme* (o *Códice Durán*). Fray Bernardino de Sahagún (1499- 1590) fue un misionero franciscano cuya obra principal fue la *Historia general de las cosas de Nueva España*.

y sentaba las bases que permitían a las y los adolescentes ingresar al sistema escolar, el cual daba continuidad a la tarea educativa de la familia. El vocablo “tlacahuapahualiztli” se empleaba para referirse al “arte de criar y educar a los hombres”.²⁵ Igualmente se usaba el término “ixtlamachiliztli”, que se puede traducir como “sabiduría que se transmite a los rostros ajenos”, que se enfoca al papel del maestro, el que instruye (Moreno, 1965, p. 16 y León-Portilla, 2006, p. 221). Ya que el ideal educativo se centraba en dotar al educando de un “rostro y un corazón”, es decir, llevar a cabo la humanización del ser humano, el cual describe León-Portilla (2006, p. 229) como:

El hombre maduro:
 un corazón firme como la piedra,
 un rostro sabio, dueño de una cara, un corazón,
 hábil y comprensivo.

Para lograrlo, la asistencia a las escuelas era obligatoria para todas y todos los jóvenes. Se ha generalizado la idea de que la asistencia a las distintas instituciones escolares estaba definida por la clase social a la que se pertenecía, aunque de acuerdo con diversas fuentes, al momento del nacimiento del joven, los padres lo “prometían” a una de las escuelas, el *telpochcalli* o el *calmécac*, independientemente de su condición de *macehual* (pueblo) o *pipiltin* (noble): El primero estaba enfocado a la formación de quienes se iban a dedicar al ejercicio de las armas; el segundo era una escuela de nivel superior, enfocada a la formación intelectual y religiosa para el sacerdocio.

En el *calmécac*, la formación consistía en dominar el arte de hablar –la retórica–, el conocimiento de los cantos –o cantares divinos– y la comprensión de las pinturas de los códices, la astronomía, los calendarios y la cuenta de los días, la interpretación de los sueños, así como la historia en los anales. Los jóvenes buscaban puntas de maguey para hacer autosacrificios, hacían servicio a los dioses en el templo y oraban. Después de media noche hacían trabajo de vigilancia y organizaban el trabajo comunal que realizarían los *macehuales* durante el día bajo su supervisión.

En el *telpochcalli* los jóvenes preparaban los instrumentos de guerra, y su enseñanza consistía en el uso de las armas (uso del escudo, la macana, la tiradora y el arco, así como preparar y cargar los implementos de la guerra); la caza, que consistía en el uso de la cerbatana, arrojar el dardo, la piedra y la flecha; pescar con red y cordeles, y cómo hacer cautivos en la guerra.

En cada escuela había tres grados de preparación, cada uno de los cuales tenía una duración aproximada de cinco años. En el primer grado del *calmécac* el joven era *tlamacazton* (algo similar a un acólito); luego *tlamacazque* (diácono) y, finalmente, *tlenamámac* (es decir, sacerdote). De entre estos últimos se elegía a los sumos sacerdotes.

En el *telpochcalli* los grados eran *tiachcauh* (maestro de mancebos); *telpochtlato* (que dirigía a los mancebos); y *tlacatécatl* (regidor del pueblo).

A estas instituciones educativas hay que sumar el *cuicacalco*, o “lugar de la casa del canto” (también llamado *cuicacalli*). En este, tanto mancebos como doncellas recibían educación estética enfocada en la danza y el canto ritual. Era una escuela vespertina que iba más allá de “la habilitación de los jóvenes para participar en las fiestas religiosas [...], sobre todo para reunir a los jóvenes *macehuales*

²⁵ En sentido genérico, al decir “hombres” se refiere a los seres humanos, hombres y mujeres, dado que el mundo mesoamericano se basaba en la dualidad hombre-mujer, y se tenía una clara definición de que la tarea educativa abarcaba a unos y otras de manera claramente diferenciada.

con las muchachas de la misma condición, en la danza nocturna, y a los nobles con los plebeyos, en el trabajo comunal, cada uno en su función [...]. Es un caso sorprendente de aprendizaje escolar de la división social” (Escalante, 2010, p. 28).

Quien se encargaba de realizar la tarea formativa era el maestro, el sabio o “*tlamatini*”, palabra que significa “el que sabe cosas”, su misión era doble: educar e instruir al joven en las instituciones de educación superior ya mencionadas, especialmente en el *calmécac*.

A decir de León-Portilla, los sabios o *tlamatinime* solían ser especialistas: existía el “sabio en las cosas de Dios”; el sabio “en la palabra” (oratoria); el artista (en sentido amplio); el “conocedor de los cielos”; el “conocedor del más allá”; y el conocedor experimental de las cosas” (2006, pp. 391-92).

Entre las tareas educativas que desarrollaban los maestros era fundamental la enseñanza cuidadosa de un “buen” lenguaje para hablar y expresarse (la retórica). Para ello se recurría a dos géneros de escritura: los *cuícatl* y los *tlahtolli*. Los *cuícatl* traducido como canto, himno o poema, que permitía la formación en los cantares divinos: la flor y el canto, inscritos en los códices, que a la vez posibilitaban el conocimiento de las doctrinas religiosas y filosóficas, las leyes, etcétera. El otro recurso se encontraba en los *tlahtolli*, término que quiere decir palabra, discurso y relación, que abarca la narrativa mitológica, las leyendas, anales, crónicas, historias, relatos y exhortos; estos últimos incluían los *huehuetlatolli*, que son muestras “de la ‘antigua palabra’, consistentes en discursos en los que se comunicaba lo más elevado de la antigua sabiduría, las normas morales y cuanto había de guiar a los hombres en su marcha sobre la tierra” (León-Portilla, 1996, p. 289).

Cabe señalar que los *huehuetlatolli*, se estudiaban en la escuela, pero la trascendían, ya que habría este tipo de exhortos del gobernante al súbdito, de la madre o padre a la hija o hijo, de la partera y el sacerdote al/la recién nacido/a. Fray Bernardino de Sahagún prestó especial atención en su recuperación, por su riqueza moral, el valor social y educativo que contenían, así como por la persistencia que tuvieron a lo largo de las distintas culturas y tiempo.

A modo de cierre de este apartado, puede decirse que el conocimiento de los sistemas educativos que rigieron entre los pueblos prehispánicos, resultado de la recopilación de los misioneros que llegaron con los conquistadores, especialmente en las civilizaciones maya y mexicana, nos permiten discernir que existió una sociedad educadora, rica en procesos de educación no formal y formal, enfocada en educar integralmente, empezando con una fuerte base de educación familiar que continuaba con una educación escolarizada e incorporaba a las y los jóvenes en prácticas educativas tradicionales y efectivas, asociadas con una cultura “letrada”, al igual con la enseñanza de oficios y lo que conocemos como profesiones.

Reflexiones finales

Como se ha tratado de mostrar, la docencia es una actividad que se remonta al inicio de la humanidad y ha sido vital para la construcción de la humanidad misma.

¿De dónde vienen nuestras prácticas docentes? ¿Dónde se originaron nuestras tradiciones? Como actividad social de larga data la docencia está marcada por las huellas de su propia historia, ya que siempre ha sido una actividad contextualizada y situada. Se desempeña en un contexto social, histórico e institucional determinados que la definen.

Las sociedades humanas, aunque cambian con el tiempo, conservan procesos, prácticas, principios y valores que se originaron en el pasado más remoto, aquel que, de facto, desconocemos en su génesis, que solo imaginamos y recreamos a partir de nuestras necesidades y problemas presentes.

Además, la institución educativa, cada una de ellas, aunque comparte elementos comunes con otras, perfila el modelo docente ideal deseable para su operación, y desde este establece los criterios de inserción, desempeño y permanencia de los sujetos docentes específicos.

En la identidad profesional hay, al menos, una triple dimensión en juego: la dimensión social, la dimensión institucional que enmarca el ordenamiento académico-curricular, y la dimensión personal. La docencia supone una identidad profesional. En nuestro contexto, en el nivel superior existe una doble naturaleza profesional para quien ejerce la docencia, ya que implica por un lado el conocimiento y ejercicio de la disciplina-profesión en sí misma y, por otro, la docencia de la profesión. La identidad es un proceso de construcción a través del cual el individuo en formación se identifica en relación con los otros, con quienes comparte el espacio universitario. Esto se logra a través de la asunción de gestos, ideales, perspectivas, metas y valores propios de la profesión que se van adquiriendo durante el proceso de formación, en sus relaciones con las y los profesores y con sus iguales. Así se construye el *ethos* profesional, es decir la identidad docente, basada en modelos docentes que el propio profesorado novel tiende a replicar mientras desarrolla un estilo propio, que no suele ser disruptivo de los que ha visto en su propio proceso de formación.

De esta manera, el marco de referencia de ser docente implica siempre a la institución educativa en su marco social, su filosofía educativa, su normatividad, sus valores, *su historia y su tradición*; a la profesión misma y su ejercicio; y a la perspectiva personal del deber ser que asume el profesorado de manera individual. De ahí la relevancia de que el docente conozca y se identifique con la institución en la que desempeña su tarea y con lo que esta espera de él.

Bibliografía

- Bowen, J. (1976). *Historia de la educación occidental. El mundo antiguo. 2000 a.C.-1054 d.C. Oriente próximo y Mediterráneo*. Tomo I. (J. Estruch. Trad.) Barcelona, Herder. (Publicado originalmente en 1972).
- Camusso, P. A. (2019). El maestro exterior y el maestro interior en *Del Maestro*. *SCIENTIAMERICANA, Revista Multidisciplinaria*, 6(1), 29-36. <https://revistacientifica.uamericana.edu.py/index.php/scientiamericana/article/view/276/269>
- Colombani, M. C. (2020). La educación como *Kairós*, en Trabajos y Días. *Heródoto, Unifesp, Guarulhos*, 5(2), 31-47. <https://periodicos.unifesp.br/index.php/herodoto/article/view/12832/8932>
- Debesse, M., & Mialaret G. (coord.) (1973). *Historia de la pedagogía I*. Barcelona, Oikos Tau.
- Fuller Torrey, E. (2021). *La evolución del cerebro y la idea de Dios. Los orígenes de la religión*. (G. Cuevas, Trad.) México: FCE.
- Escalante Gonzalbo, P. et al. (2010). *Historia mínima de la educación en México*: El Colegio de México.
- Larroyo, F. (1973). *Historia general de la pedagogía*. México: Porrúa. (Publicado originalmente en 1944).
- Larroyo, F. (1947). *Historia comparada de la educación en México I. Épocas prehispánica y colonial*. México: Porrúa.
- León-Portilla, M. (1996). *El destino de la palabra. De la oralidad y los códices Mesoamericanos a la escritura alfabética*. México: FCE/ El Colegio Nacional.
- León-Portilla, M. (2006). *La filosofía náhuatl. Estudiada en sus fuentes*. México: UNAM.
- León-Portilla, M. (2013). ¿Qué es una civilización originaria? *Revista Arqueología Mexicana*, 14(79), Edición especial # 53, diciembre 2013, 8-17.
- Luzuriaga, L. (1978). *Historia de la educación y la Pedagogía*. (10 ed.) Buenos Aires: Losada.
- Manacorda, M. A. (1992). *Historia de la educación 1. De la antigüedad al 1500*. México: Siglo XXI editores.

- Manenti, H. A. (2013). Las escuelas de escribas sumerias: monopolio de saberes y educación tradicional. *En XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza* (pp. 1-25). <https://cdsa.aacademica.org/000-010/8.pdf>
- Marrou, H. I. (1998). *Historia de la educación en la antigüedad*. (2ª. ed. Y. Barja de Quiroga, Trad.). México: FCE. (Publicado originalmente en 1948).
- Moreno y de los Arcos, E. (1965). La educación del adolescente nahua (I). *Pedagogía*, 1(1), 13-16.
- Moreno y de los Arcos, E. (1966). La educación del adolescente nahua (II). *Pedagogía*, 1(2), 35-42.
- Romero, R., & Pupiales, B. (2013). La educación en el otoño de la edad media. Nacimiento de la universidad en el contexto de la sociedad medieval. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas*, XIV(2), 231-246. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5016731>
- Santoni Rugiu, A. (1996). *Historia social de la educación: de la educación antigua a la educación moderna Tomo I*. Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación.
- Vásquez, S. (2019). Notas sobre la educación institucionalizada en el Tetzcocho prehispánico. En M. Chávez, et al. *Perspectivas históricas de la educación e instituciones formativas en México* (pp. 21-48). UNAM, ENES Morelia.
- Villa Prieto, J. (2017). La enseñanza en la universidad medieval. Centros, métodos, lecturas. *Tiempo y sociedad*, 26, 59-131. <https://tiemposociedad.files.wordpress.com/2017/01/universidad-medieval-2.pdf>